

## LÍMITES PRECISOS DE LA ASPIRACIÓN INICIAL EN LATÍN\*

*Concepción Fernández Martínez*  
*Universidad de Sevilla*

Las páginas que siguen intentan decidir, tomando como base una selección de documentos epigráficos de época republicana e imperial, hasta qué punto la *h*- inicial latina era un soplo aspirado o una simple grafía que no respondía ya a ningún sonido vivo en la conciencia de los hablantes.

The following pages try to find, in the history of Latin, a satisfactory solution -grounded on epigraphic documents- to this problem: to what extent was latin initial *h*- either a really articulated blow or simply a sign that doesn't represente any more a living sound in the knowledge of the speakers.

### LÍMITES PRECISOS DE LA ASPIRACIÓN INICIAL EN LATÍN

**1. Punto de partida.** Junto a un convencimiento razonable y documentado de que la *h*-, inicial e interior, habría perdido desde épocas muy remotas su entidad fonética (piénsese, por ejemplo, que no había impedido el rotacismo, ni la contracción, ni impedía tampoco en el verso la sinalefa o la sínéresis<sup>1</sup>, amén de ser

\* Este trabajo ha sido realizado dentro del proyecto de investigación sobre «Lingüística y Epigrafía» a cargo del Grupo de Investigación 5031 (Junta de Andalucía).

<sup>1</sup> A lo largo de las páginas que siguen habrá ocasión de analizar todos estos aspectos gráficos, fonéticos o prosódicos, relacionados con la aspiración o no de la *h*- inicial.

utilizada como recurso gráfico para indicar hiato), surgen -me surgen, al menos, a mí- ciertas sombras de duda al recordar que, frente a lo que ocurre con cierta frecuencia en el latín epigráfico imperial (ausencias de *h*- inicial así como *h*- colocadas indebidamente), las inscripciones de época republicana apenas si registran faltas de ortografía, directas y mucho menos inversas, referidas a la *h*-.

¿Quiere esto decir, acaso, que la gente de la calle -porque no nos referimos ahora a las consecuencias de su restablecimiento culto- percibiría alguna aspiración inicial al menos hasta el siglo I de nuestra era?

Y es desde estas sombras de duda desde donde abordamos el estudio de esta *h*- inicial, adentrándonos en sus características fonéticas y fonológicas, en su aprovechamiento gráfico y prosódico, en sus razones etimológicas, psicológicas u onomatopéyicas, en las causas y el alcance de su restablecimiento entre gentes de círculos cultos, en su empleo abusivo o desacertado.

Y documentamos nuestras reflexiones con una elocuente confrontación de datos entre el material procedente de las inscripciones republicanas reunidas por Degrassi<sup>2</sup> y algunas colecciones recientes de epígrafes hispanos y de Portugal, de época imperial<sup>3</sup>.

**2. Definición.** La *h*, que se describe como una fricativa laríngea (Gernia Porzio 57), es decir, como un soplo producido por el roce del aire contra los bordes de las cuerdas vocales (Bassols 181, Niedermann 99), ocupa un lugar especial -fonética y fonológicamente hablando- en la historia del consonantismo latino. En primer lugar porque la debilidad de su aspiración parece cambiar según la posición, inicial o interior de esa *h*. Sabemos, en efecto, de su extrema debilidad en inicial (Niedermann 99, Bassols 181), pero sabemos también que la *h* intervocálica e interior no se pronunciaba ya en latín desde hacía mucho tiempo (Juret 32), que, en esta posición, habría pasado de ser casi imperceptible (Niedermann 99) a enmudecer del todo, sin sobrepasar la etapa preliteraria (Traina 49, Gernia Porzio 59, Bonioli 59); y así parecen demostrarlo ejemplos tan indiscutibles y conocidos como *nemo* < \**ne-hemo* o *diribeo* < \**dis-habeo*, etc.

Pero tampoco desde el punto de vista fonemático responde al modelo de un fonema estable y perfectamente integrado en el sistema. A tal respecto Gernia Porzio (86 y ss.) enuncia una serie de particularidades combinatorias (su articulación exclusiva en inicial, su ausencia en posición final, su indiferencia en cuanto a la división silábica o su incapacidad para formar grupos consonánticos, entre otras) que prueban su debilidad articulatoria. Si bien sus posibilidades de conmutación con otras consonantes y con cero (*hortus/portus/ortus*) permiten reconocer en *h*- un fonema autónomo (Gernia Porzio 88), las restricciones distribucionales

<sup>2</sup> Para la cita completa cf. la lista bibliográfica del final del trabajo.

<sup>3</sup> Seleccionamos en concreto las colecciones de Sevilla, Cádiz, Granada, Tarragona, Barcelona y del *Conuentus Pacensis* de Portugal, cuya cita precisa puede hallarse en la lista bibliográfica que figura al final.

mencionadas lo convierten en un fonema periférico (Gernia Porzio 91), y con signos, por tanto, de inestabilidad y desintegración.

**3. El punto de vista prosódico.** Y más allá de lo estrictamente fonético o fonológico, el propio comportamiento prosódico de esta *h-* inicial poco tiene que ver con el de una consonante normal (Allen 43). Ya en época de Plauto las palabras que comenzaban por *h-* recibían el mismo trato prosódico que las de inicial vocálica (Niedermann 99, Traina 50), de tal modo que no lograba impedir la elisión con vocal o *-m* precedente (recuérdese al respecto que *ac* se sustituía por *atque* en palabras que comenzaban por vocal o *h-*), y se considera sonido inexistente, como el espíritu áspero griego<sup>4</sup>, al no formar siquiera posición (Leumann § 178, Allen 43) en el verso. En definitiva, y pese a las opiniones de Birt y Marouzeau<sup>5</sup> -convencidos de que la *h-* haya favorecido a menudo licencias prosódicas como el hiato o incluso sirva para formar posición- contrastadas por Soubiran, que no ha llegado a encontrar en Plauto diferencia de trato entre los iniciales aspirados y los vocálicos, podemos concluir que tampoco desde el punto de vista prosódico se documentan fenómenos capaces de atestiguar una aspiración inicial fuertemente articulada.

**4. La cuestión gráfica.** Desde su escasísima entidad fonética, su incompleto rendimiento fonológico y su nula intervención en la prosodia, cabe sospechar, de entrada, algunos reflejos gráficos que nos confirmen esta anómala situación. Y encontramos enseguida que el signo de la *h-*, la *nota aspirationis*<sup>6</sup> -que no *littera-*, como la llamaron los gramáticos antiguos, resulta ser una marca preventiva -sin nada de etimológico- que evita diptongaciones, monoptongaciones y consonantizaciones en hiatos como el de *ahenus* (Niedermann 99, Juret 32 y Traina 49), función que sólo podía desempeñar tras haber perdido totalmente su articulación propia; es decir, en la línea de una especialización característica de recursos ortográficos correspondientes a hechos lingüísticos ya caducados.

El asunto ha acarreado dudas, desaciertos y frecuentes oscilaciones gráficas (Allen 44, Gernia 97): palabras como *umerus*, *umor* o *umidus* han llegado a adquirir una *h-* inicial no etimológica, y hubo discusiones irresolubles en torno a *arena* o *arundo*. El que los propios gramáticos de la época, en posesión de toda la competencia lingüística, tuvieran que recurrir a la etimología para intentar establecer la existencia de *h-* inicial en latín, se ofrece como prueba indiscutible de la

<sup>4</sup> Sobre la incidencia o no del espíritu áspero griego en la prosodia y sobre los casos aislados en que éste funciona como consonante (por probables reminiscencias del micénico), recomendamos el trabajo de J. Vara, "Huella de *h* (procedente de *s*) en la *Iliada* y el origen de la *épica*", *Emerita* 42 (1974) 283-305.

<sup>5</sup> Una breve y clarificadora historia de tal discusión la encontramos en las páginas 73-77 del trabajo de Gernia Porzio referido en la lista bibliográfica final.

<sup>6</sup> *Mar. Vict.*, K. VI,5: "*h quoque adspirationis notam, non litteram existimamus*".

dificultad -si no la imposibilidad- de restablecer con exactitud la aspiración inicial.

Y todo ello -usos no etimológicos, oscilaciones gráficas y dudas de los gramáticos- empañado por una ortografía republicana conservadora, en general, de la *h*-inicial<sup>7</sup>, y cuidadosa en regular la grafía según la supuesta etimología (Meillet 29), frente a ese movimiento natural de adaptación gráfica a los cambios de pronunciación.

**5. El restablecimiento.** Pero el verdadero impulso para la conservación gráfica de *h*- inicial procede de su restablecimiento cultista y helenizante. En época clásica, y tras el proceso de desaparición que hemos descrito, consumado ya a comienzos de época literaria, un importante factor cultural extralingüístico (Gernia Porzio 92), a saber, la difusión de la lengua y cultura griegas, produciría una recuperación temporal de la aspiración inicial. A partir de Terencio, por analogía con el espíritu áspero griego, que tenía el mismo valor y el mismo origen fonético (Traina 51), la tendencia a escribir y pronunciar *h*- se había convertido en un signo de cultura y distinción (Bassols 182, Juret 38), en un privilegio de las clases educadas (Allen 44), que, presionadas por el prurito helenizante, rechazarían siempre la eliminación natural de *h*- aspirada inicial (Traina 52).

El alcance del restablecimiento tal vez fue mucho más allá de su modesto origen, porque lo que comenzó siendo, como bien nos describe Leumann (§ 178), un signo que en palabras y nombres griegos reproducía o transcribía el espíritu áspero, había acabado por convertirse en un marchamo de cultura y buena pronunciación<sup>8</sup>, del que llegó a hacerse incluso un empleo abusivo (Quintiliano, 1.5.20, Niedermann 100) plasmado con claridad en las ya famosas *hinsidiae* de Catulo. Tal vez las gentes de más baja cultura no llegaron a hacerse eco de este artificio elegante y erudito, pero podemos estar seguros de que la grafía y pronunciación de la *h* continuarían durante mucho tiempo entre la gente de la calle, gente que asistía a las escuelas, gente que conocía bien el griego porque pertenecía a una sociedad embebida de helenismo. Y esto es lo que reflejan, como vamos a ver a continuación, las inscripciones de época republicana.

**6. Los datos epigráficos.** Fuente esencial e indispensable para el estudio de cualquier tipo de evolución fonética -y por tanto también de la pérdida de aspiración- resultan los fenómenos de variación gráfica, las aparentes faltas de ortogra-

<sup>7</sup> Veremos los datos concretos al respecto un poco más adelante.

<sup>8</sup> Recuérdese, por ejemplo, el cambio en la transcripción gráfica de las oclusivas aspiradas griegas (con los dígrafos *ph*, *th*, *ch*), o la moda de aspirar incluso las oclusivas sordas de algunas palabras latinas (*sepulchrum*) y un empleo de *h* tan indebido que lleva a grafías aberrantes del tipo *Dhydymus* (Purnelle 361). Todo lo cual demuestra el interés del lapicida en señalar la naturaleza griega (a veces errada) del nombre que se transcribe.

fía, directas o inversas -ausencias de *h-* o *h-* colocadas en lugar indebido, en nuestro caso- que se registran en el lenguaje de las inscripciones. Y es que tratándose de lenguas “literarias” como el latín, sobre cuya competencia lingüística sólo nos quedan algunas afirmaciones o reflexiones de gramáticos de la época, no siempre suficientemente clarificadoras ni bien sistematizadas, todo lo relacionado con la pronunciación (así nos lo hace ver Leumann en § 178) resulta muy comprometido, en la medida en que sólo podemos saber lo que se desprende de los documentos escritos. Así que, en principio, cuanto mayor sea el número de desaciertos ortográficos -omisiones y ultracorrecciones- respecto a la *h-* inicial, más seguros estaremos de su debilidad articulatoria.

La opinión tradicional, transmitida de manual en manual -y que intentaremos precisar tras la exposición de los datos- insiste en que, a lo largo de la época republicana, las inscripciones muestran un uso bastante regular de *h-* (Gernia Porzio 96), si bien se documentan algunas omisiones -nada se nos dice de ultracorrecciones- que sólo se hacen más frecuentes con el paso del tiempo. Tanto como para que Leumann llegue a afirmar (§ 178) que en época imperial la *h* es una letra muda (“ein stummer Buchstabe”), o lo que es lo mismo, un sonido muerto (“ein toter Laut”) que sólo las escuelas y las clases de retórica habrían de mantener durante siglos según los modelos ortográficos.

**6.1.** De la consulta minuciosa de los casi 1300 epígrafes del período republicano contenidos en el *corpus* de Degrassi<sup>9</sup>, se desprenden algunas observaciones especialmente interesantes y que encajan en la línea de argumentación que venimos desarrollando. Sin llegar a entrar en los datos numéricos o en una posible estadística de presencias y ausencias, comenzamos por observar que todas las palabras que, por razones de etimología dudosa o de una exagerada aspiración rústica, etc., presentan desde el latín más antiguo la doble posibilidad de grafía (y tal vez también de pronunciación), en estas inscripciones, en todos los casos, aparecen con *h-*. Así, *haue*, *haruspex*, *harena*, *heres*, *hereditas*, *holitor*, *hortus*, *hospes*, *hospitalis*, *hospitium*<sup>10</sup>. Por otra parte, las palabras corrientes, es decir, aquellas sobre cuya etimología no cabe ninguna duda y tienen una *h-* inicial heredada, no registran, salvo muy excepcionalmente, ninguna ausencia. En concreto, las ausencias en inicial se reducen a tres, cuya valoración tampoco puede ser la misma en todos los casos. En el epígrafe 1147, una de las *defixionum tabellae* de difícil lectura, aparece <*h*>*ec*, con la *h* restituída por el editor (en lugar de *haec*); pero ya sabemos de estas *tabellae* que son especialmente vulgares -abundan en ellas las faltas de ortografía de todo tipo- y desde luego no muy antiguas. En el 1145, otra de estas tablillas y con las mismas características descritas, tenemos

<sup>9</sup> Agradezco desde aquí a la Dra. Molero Alcaraz que me haya permitido el acceso a sus completos y utilísimos índices (pertenecientes a una investigación aún inédita) de los volúmenes de Degrassi.

<sup>10</sup> Excepcionalmente el epígrafe 789 (*C. Baebius / L. f. / arrespex*) presenta sin *h-* esta extraña forma equivalente a *haruspex*.

<h>*ostiam* corregida asimismo por Degrassi; y <h>*umata*, en el 914, un epígrafe funerario sin fechar encontrado en la *via Aemilia*. Porque ni siquiera podemos contar el *om[i]nibus* de la 802, donde ya el propio Degrassi entendió que la [i] había sido añadida por error por el lapicida, y no debía entenderse, por tanto, <h>*ominibus* sino *omnibus*. He aquí un fragmento ilustrativo del epígrafe:

...*heic / cubat, frugi, / castu(s), amabili(s) / om[i]nibus.*

Y ello, sin que lleguemos a encontrar ninguna irregularidad entre las múltiples veces en que aparecen las distintas formas del verbo *habeo* o *habito*, ni en el adverbio *heri* o en otras palabras de uso corriente como *hora*. Y sobre todo, no se documentan ultracorrecciones entre este largo millar de inscripciones arcaicas.

¿Qué sabemos, sin embargo, sobre la articulación aspirada o no y la presencia o ausencia de *h-* inicial en latín imperial? Las observaciones, en general de un mismo signo, tienden a ver una *h-* inicial enmudecida desde los tiempos más remotos, cuya restitución no alcanzaría a las zonas más apartadas de la urbe ni de más bajo nivel cultural, de tal modo que su no articulación enlazaría con la absoluta y definitiva pérdida que corroboran los resultados romances (Leumann § 178, Allen 43). Pero no hay que esperar hasta los resultados romances, porque lo cierto es que a partir del siglo I d. C. empiezan a encontrarse, sobre todo en las inscripciones más populares de Pompeya y en épocas más avanzadas del Imperio, ejemplos de errores y confusiones gráficas capaces de hacernos ver que el signo de la *h* ya no tenía ningún valor real en el alfabeto de los lapicidas (Pirson 80, Väänänen 99-100, Gernia Porzio 60, Allen 44).

Pero aun situándonos en plena época imperial, tampoco vamos a encontrar huellas masivas de esta pérdida de aspiración tan indiscutible. Ya nos advertía Meillet (28) -y no queremos perderlo de vista en las páginas que nos restan- que ningún sistema gráfico puede prestarse a las adaptaciones que exigiría una lengua hablada, viva y en movimiento; sin que podamos olvidar un indudable influjo de la función expresiva de esta *h-* inicial en las interjecciones y onomatopeyas (Traina 50); amén de otras consideraciones, apuntadas en la introducción y sobre las que volveremos en la recapitulación final, acerca del carácter puramente gráfico y hasta psicológico que tiene en general la posición inicial.

Es así como, superado ya el período republicano, los resultados obtenidos del estudio de las distintas colecciones epigráficas consultadas<sup>11</sup>, sin apenas errores con respecto a la *h-*, no tienen por qué sorprendernos.

**6.2.** Si tomamos, por ejemplo, el Corpus de 679 inscripciones del *Conuentus Pacensis* de Portugal, reunidas y estudiadas cuidadosamente por Encarnaçao<sup>12</sup>,

<sup>11</sup> Entiéndase que son colecciones completas, con gran variedad de epígrafes, pero sin ninguna voluntad de seleccionar hechos especialmente vulgares. Sólo así sus resultados pueden ser comparables a los obtenidos a partir del *Corpus* de Degrassi.

<sup>12</sup> La cita completa de éste y todos los compendios de inscripciones mencionados en adelante, aparece en la lista bibliográfica final.

obtenemos unos resultados que poco se diferencian de los extraídos de los volúmenes de Degrassi: con *h-* las palabras que desde antiguo ofrecían la doble posibilidad gráfica (y tal vez articulatoria), a saber: *Hadrianus*, *heres*, *hospes*, *Hiberus*. Y sólo tres ausencias: dos de ellas en los nombres propios *Elicon* (en la número 394, una inscripción funeraria de la segunda mitad del siglo II) y *Elvia* (en un epígrafe votivo sin fechar, el número 514, junto, por ejemplo, a dos formas monoptongadas de *ae*) y la otra en el pronombre *ic* (número 122), en una inscripción funeraria de la segunda mitad del s. I muy mal conservada y llena de vulgarismos.

6.3. El compendio de 170 inscripciones de la provincia de Granada elaborado por Pastor y Mendoza, poco representativo sin duda por su escaso volumen, cuenta sólo con un caso de ausencia en el adverbio *ic*, en una inscripción cristiana ¡del año 652! (epígrafe 154).

6.4. De Cádiz conocemos 545 epígrafes, reunidos por González<sup>13</sup>, que respetan con regularidad la tradición gráfica de colocar la *h-* en su sitio, incluso en las formas en las que no hubiera sido ilícita su ausencia (*heres*, *Hadrianus*, *hospes*, *haue*).

6.5. También González, dentro de la colección de la que se hace mención en la nota 13, nos ha proporcionado 610 epígrafes de la provincia de Sevilla, entre los que se detecta un caso de *onorauit* (305) sin su correspondiente *h-* inicial<sup>14</sup>; *h-* que no falta en las formas con doble posibilidad *heres*, *Hadrianus*, *hospes* y *harena*.

6.6. Podemos estudiar también, gracias a Alföldy, el material epigráfico -más del millar de inscripciones- procedente de la provincia de Tarragona. Aquí las ausencias, pese a tratarse de un mayor número de epígrafes, tampoco son numerosas, un *Adriani*, en una inscripción votiva (la nº 50) del siglo II de nuestra era; un *aruspici* en una funeraria (la nº 439), también del siglo II; dos casos de *auē* (números 566 y 583) en sendas inscripciones funerarias del s. III; el adverbio *hic* en la nº 976, inscripción funeraria ¡del s. VI!; y *oram* (n 1009) en un epígrafe también funerario y del mismo siglo V. Mientras que encontramos regularmente con *h-* el resto de los *Hadrianus*, *heres*, *Hiberus* y *hospes*.

6.7. Y acabamos el muestreo con el material epigráfico procedente de Barcelona (186 inscripciones según el compendio de Fabre), en este caso, sin ausencias ni ultracorrecciones, y respetando la forma aspirada en *Hadrianus*, *hospes* y *heres*.

<sup>13</sup> El profesor J. González ejerce en la actualidad una interesante labor de coordinación del Corpus de Inscripciones Latinas de Andalucía (C.I.L.A.) que pretende sacar a la luz debidamente actualizadas las inscripciones latinas de nuestras ocho provincias andaluzas, de las cuales se han publicado ya las de Huelva, Sevilla y Jaén.

<sup>14</sup> La misma inscripción contiene la forma *pihi*, que no puedo pasar sin mencionar, donde la *h*, grafía correspondiente a un sonido en desuso, se ha utilizado como marca de hiato. El epígrafe está fechado por el editor entre finales del siglo II y comienzos del III.

Lo acabamos aquí -aunque se entiende que podría prorrogarse mucho más- porque el número de epígrafes y los datos obtenidos de *h-* conservada o perdida ya resultan suficientemente significativos.

**7. Recapitulación final.** Tras las reflexiones teóricas sobre el estado de la cuestión, en lo que al grado de aspiración de *h-* inicial respecta, y el estudio detallado de un número ilustrativo de datos procedentes de las épocas republicana e imperial, podemos ofrecer una serie de conclusiones tendentes a fijar -y tal era el objetivo marcado desde el título- los “límites precisos de la aspiración inicial en latín”.

**7.1.** No es objeto de duda la ausencia total de aspiración en posición intervocálica. Y se conocen pruebas tan irrefutables como las contracciones antiguas de *nemo* o *nil*, y su uso como mera marca que, una vez despojada de su función y vacía de significado, sirve para prevenir diptongaciones o contracciones y asegurar la división silábica en los hiatos (sirvan de ejemplo los ya mencionados *ahenus* o *pihi*).

**7.2.** A diferencia de la aspiración vocálica interna, la inicial, quizá por una cierta analogía con el espíritu áspero griego, que tenía el mismo valor y derivaba del mismo signo, no desapareció tan pronto ni de modo tan radical. Pero es fácil imaginar que la fonética sintáctica, es decir, la cadena fónica -no perdemos de vista que el latín fue una lengua hablada- daría lugar en numerosísimos casos a posiciones intervocálicas ocasionales o contextuales, que favorecerían su enmudecimiento.

**7.3.** Pese a todo ello, hemos visto que la epigrafía -lo más cercano tal vez a lo que debió ser la lengua hablada- no ofrece, en general, huellas claras de esta esperada desaparición. No las ofrece, en efecto -hablamos de las 1300 inscripciones del *corpus* de Degrassi- en el período republicano (salvo en textos muy vulgares y de épocas cercanas ya al fin de la república).

Y no las ofrece tampoco -al menos con la claridad palmaria que parece deducirse de los manuales y trabajos de fonética- en plena época imperial, porque los datos procedentes de las colecciones consultadas nos permiten afirmar que sólo muy excepcionalmente se detectan errores u omisiones de *h-* inicial, y que hay que descender mucho, en el tiempo o en niveles socioculturales, para encontrar ausencias o presencias indebidas.

**7.4.** Y es que este razonable impulso de la fonética sintáctica que haría desaparecer una *h-* inicial dada su posición intervocálica contextual, habría de verse frenado por determinadas fuerzas contrarias.

En primer lugar por el influjo creciente -y no sólo entre la élite más culta-, a partir del s. II a. C., del griego, cuyo sistema fonético conocía la aspiración vocálica y consonántica.



Tal vez, también, jugó algún papel importante en esta conservación más allá de lo previsible, la función expresiva de la aspiración inicial en las interjecciones y onomatopeyas.

Y no olvidamos que estamos observando comportamientos gráficos, y que frente a un evidente proceso de adaptación de la grafía a los cambios de pronunciación, habría de actuar -y así nos lo recordaba Meillet (p. 29)- ese instinto etimológico al que ya hemos hecho referencia, es decir, el cuidado de regular la grafía según la supuesta etimología.

7.5. Pero el fonema, tan escasamente integrado en el sistema, y pese a la actuación de todas estas fuerzas contrarias, quedaría relegado del habla, hasta que acabó por salir del sistema.

## BIBLIOGRAFÍA

- G. ALFÖLDY, *Die Römischen Inschriften von Tarraco* (Berlín 1975).  
 W. S. ALLEN, *Vox latina. A guide to the pronuntiation of Classical Latin* (Cambridge 1978).  
 M. BASSOLS, *Fonética latina* (Madrid 1976).  
 M. BONIOLI, *La pronunzia del latino nelle scuole dall'Antichità al Rinascimento I* (Turín 1962).  
 A. CARNOY, *Le latin d'Espagne d'après les inscriptions* (Hildesheim 1971).  
 A. DEGRASSI, *Inscriptiones latinae liberae Rei publicae* (Florencia 1972).  
 J. D'ENCARNAÇÃO, *Inscrições romanas do Conuentus Pacensis* (Coimbra 1984).  
 A. ERNOUT y A. MEILLET, *Dictionnaire étymologique de la langue latine* (París 1985).  
 G. FABRE, M. MAYER, I. RODA, *Inscriptions romaines de Catalogne, I. Barcelone* (París 1984).  
 M. L. GERNIA PORZIO, "Vicende storiche e strutturali dell'aspirazione latina", *AGI LIX* (1974) 56-102.  
 J. GONZÁLEZ, *Inscripciones romanas de la provincia de Cádiz* (Cádiz 1982).  
 — *Corpus de inscripciones latinas de Andalucía (C.I.L.A.) (Volumen II. Sevilla)* (Sevilla 1991).  
 LENCHANTIN DE GUBERNATIS, "Di alcuni fenomeni de aspirazione e un epigramma di Catullo", *RF* (1920) 444-448.  
 A. JURET, *Manuel de phonétique latine* (París 1921).  
 H. KEIL (ed.), *Grammatici latini* vol. I-VIII (Lipsiae, Teubner, 1857-1880).  
 M. LEUMANN, *Lateinische Laut- und Formen-Lehre* (Munich 1977).  
 S. MARINER, *Inscripciones hispanas en verso* (Madrid 1952).  
 J. MAROUZEAU, "Quelques traces de l'aspiration initiale en latin", *Hommages à Niedermann* (1944) 238-243.  
 A. MEILLET, "Le problème de l'orthographe latine", *REL* (1924) 28-34.  
 P. MONTEIL, *Elementos de fonética y morfología del latín* (Sevilla 1992).  
 M. NIEDERMANN, *Phonétique historique du latin* (París 1985).  
 M. PASTOR y A. MENDOZA, *Inscripciones latinas de la provincia de Granada* (Granada 1987).

- J. PIRSON, *La langue des inscriptions latines de la Gaule* (Bruselas 1901).
- V. PISANI, *Le lingue dell'Italia Antica oltre il latino (Manuale storico della Lingua Latina, Vol. IV)* (Turín 1953).
- *Testi latini arcaici e volgari* (Turín 1960).
- G. PURNELLE, "La transcription des noms grecs dans les inscriptions latines: Le cas des aspirées", *CILL* 15.1-4 (1989) 355-366.
- L. RUBIO y V. BEJARANO, *Documenta ad linguae latinae historiam inlustrandam* (Madrid 1955).
- F. SOMMER y R. PFISTER, *Handbuch der lateinischen Laut- und Formen-Lehre* (Heidelberg 1977).
- A. TRAINA, *L'Alfabeto e la Pronuncia del latino* (Bologna 1963).